

Desierta

El polaco

El apellido del polaco era Demboreysnky. En el barrio, decían que era tan difícil de pronunciar que optaron directamente por llamarlo “polaco” o por el apellido materno: Iberra.

Por qué el polaco dejó a mi hermano entrar en su casa fue algo que en el barrio nadie pudo entender. Hacía diez años que vivía en Villa Mercado y, exceptuando una persona, los vecinos ignoraban qué había en su casa. Decían que, por ser inválido de guerra, vivía de una pensión. Estábamos a fines de 1959 y la guerra había terminado hacía casi catorce años.

El hombre rengueaba de la pierna derecha y se desplazaba con cierta dificultad. Para caminar se apoyaba en una muleta.

Se decía que durante la Segunda Guerra Mundial había combatido en África.

En Villa Mercado, como en todo barrio, se tejían leyendas que resultaban contradictorias; por un lado, se inventaban historias fabulosas pero, por otro, nunca se terminaban de creer. Con lo cual, el origen del

polaco oscilaba entre el de un combatiente y el de un impostor. Según las versiones, su renguera era atribuida a una herida en la pierna producida por una granada o simplemente a un accidente. Como solía hacer algunas changas como electricista, también se decía que se había caído de un andamio en una obra en construcción.

En otra versión, su renguera era atribuida a un balazo en la pierna que le había disparado un marido celoso. Por el hecho de vivir solo, a su sexualidad se la rodeaba de un hálito oscuro. Razón por la cual existía cierto recelo de que alguno de nosotros fuera a su casa, ya que la visita podía ser interpretada como un asunto turbio que bordeaba la homosexualidad. Por lo tanto, el hecho de que no dejara entrar a nadie en su casa y que hubiera establecido un cerco entre él y los demás era un motivo de tranquilidad para los vecinos.

La casa del polaco encerraba un misterio. Aunque se chusmeaba que Ana, la única prostituta que había en el barrio, lo visitaba una vez por mes. Como en la casa de Ana había un cartel pintado con letra escolar que advertía —“Se colocan inyecciones”—, también se rumoreaba que iba a aplicarle inyecciones en la pierna enferma.

Por esa época pude visitar la casa de Ana. Tenía casi dieciséis y era mi primera vez. Es verdad que la excitación y la curiosidad me desbordaban tanto como la vergüenza. Quizás esos fueron los motivos por los que,

a pesar de la paciencia de Ana, mi primera vez resultó un fracaso. Y tal vez por ese mismo fracaso insistí y me convertí en su cliente más joven. Lo cual me daba cierto privilegio. Una vez probada la urgencia de mi virilidad, mis visitas a Ana tuvieron otro interés: enterarme de la vida del polaco. Pero nunca le pude arrancar una palabra. Se quedaba muda y yo llenaba su silencio con cientos de suposiciones: ¿Ana le tenía miedo al polaco? ¿Ocultaba un secreto inconfesable? ¿Era su cómplice? Mi insistencia, al borde de la obsesión, provocó que un día Ana no me atendiera más. Era la única prostituta del barrio, y su negativa me sumió en tal mutismo que mi familia pensó que me había enfermado.

Por todas esas supuestas vidas atribuidas al polaco, su casa, a medida que pasaba el tiempo, se volvía tan infranqueable como misteriosa. Un cliente de Ana describió la vivienda como sencilla y dijo que no se diferenciaba de otras que había en el barrio. Aunque se podría decir que era lujosa. Primero, porque era toda de material y no de chapa, segundo, porque disponía de un baño que estaba adentro de la casa y no en el fondo, tercero, porque tenía una habitación, un comedor y una cocina. Que Ana revelara ese secreto me llenó de odio y resentimiento, porque conmigo no había abierto la boca ni siquiera para besarme.

Pero hubo un suceso que creó un halo todavía más ominoso alrededor del polaco: un día, Ana apareció muerta en su propia casa.

En el barrio no solían suceder esas cosas. La única vez fue cuando Campana padre, el carnicero, había sido asesinado por su inquilino. El crimen fue por un asunto de cuernos. El inquilino sospechaba que el carnicero era el amante de su esposa, que era conocida como la mujer del balcón, una buscona. Ella buscaba a los hombres: jóvenes y viejos; y los miraba con sus ojos claros que eran como una bola de cristal. Yo la miraba y trataba de adivinar un futuro pero me perdía en sus ojos.

Una mañana, Ana apareció muerta. Había ingerido pastillas. Nunca había sido enfermera y no se sabía dónde había aprendido a colocar inyecciones. Aunque se chusmeaba que los practicantes de guardia del Fiorito, a los que visitaba algunas noches, a cambio de sus favores le enseñaron a poner inyecciones. La policía dijo que fue en el hospital donde consiguió las pastillas. Ana tenía un hijo que se había ido a vivir con el padre. Un hijo que no quiso verla nunca más. Dicen que por eso terminó matándose.

Hasta que la policía aclaró el suicidio lo primero que hizo la gente del barrio fue sospechar del polaco. La noche anterior a su muerte, alguien aseguró haberlo visto entrar en la casa de Ana. Como todo solitario, el polaco no tenía ninguna coartada.

La autopsia confirmó la hora de su muerte. El informe del forense era claro: la mujer había muerto por una ingesta de medicamentos. También investigaron al marido, pero él sí tenía una coartada: su hijo. Ella no había dejado ninguna carta, y la duda era si habría tomado voluntariamente los medicamentos, ya que no había signos de violencia, o si alguien se los había suministrado sin que ella supiera.

Por su renguera el polaco evitaba ir a lo de Ana, y ella lo iba a visitar. Pero ¿si era cierto que esa noche, excepcionalmente, él la visitó en su casa y la encontró muerta?, nunca se sabría. La policía sólo identificó las huellas digitales de la mujer, y de entrada caratuló el expediente como suicidio.

Para impedir que la policía entrara en su casa el polaco se anticipó y fue a la comisaría a prestar declaración. Como toda presentación voluntaria, inmediatamente despertó sospecha. Por un tiempo parece que vigilaron al polaco, pero su domicilio nunca fue allanado.

Ni el ex marido de Ana ni ningún otro familiar reclamó el cuerpo. Merced a una orden judicial, la mujer fue enterrada de oficio por las autoridades municipales en el cementerio de Avellaneda.

No hubo velorio. Era raro que en el barrio alguien se hubiese muerto sin hacerle un velorio. Se chusmeaba que el polaco colocó en su brazo izquierdo una cinta negra y guardó luto por bastante tiempo.

El polaco despreciaba a los curas, lo cual era raro siendo polaco. Se decía que había nacido en Lodz, en Polonia, pero ocultaba su origen judío, y que por temor a ser perseguido se había modificado el apellido. Nunca había ido al templo apostólico. Mi hermano llegó a la conclusión de que el polaco lo dejó entrar a su casa no para recibir el testimonio de un pastor apostólico, sino como una excusa para hablar mal de la Iglesia católica.

En una de las pocas visitas apostólicas en que acompañé a mi hermano, fui a la casa del polaco. Como todos en el barrio estaba intrigado por su pasado en la Legión Extranjera. Transcurría el año 1959 y se suponía que había combatido en la Segunda Guerra cuando tendría alrededor de cuarenta años. Con lo cual, ahora su edad rondaría los cincuenta y nueve. Es posible que la renuencia lo hiciese parecer más viejo. Era muy llamativo el contraste entre lo juvenil de su cuerpo y la vejez de su rostro. Como si los años le hubiesen ido a parar a la cara.

Los vecinos de Villa Mercado esperábamos ver algún vestigio material de su paso por la Legión Extranjera, ya que nadie confiaba mucho en que alguna vez hubiese sido legionario y, además, porque era muy parco, por lo cual se ignoraba de dónde habían surgido tantos relatos acerca de su persona.

El pretexto para entrar en la casa fue la ropa de los muertos. Mi hermano incluyó al polaco como posible donante para una de sus colectas. Le preguntó si tenía algo de ropa que le sobrara para dar. Como excu-

sa era poco creíble, porque el polaco se vestía siempre igual. En verano, un pantalón liviano, siempre ancho, seguramente por la dificultad de la pierna, y una camisa Grafa. Vestía siempre de fajina, con una ropa color arena. Suponíamos que era una costumbre que había aprendido en África para camuflarse, confundándose con el desierto. En invierno vestía de la misma manera, sólo que las prendas eran más gruesas, y si hacía mucho frío, agregaba un capote. A esta última prenda se le notaba el paso de los años.

Nosotros queríamos ver el uniforme de la Legión, las armas, las medallas. Vivíamos en un barrio donde las únicas medallas eran las ganadas por Delfo Cabrera en las Olimpíadas. Las otras estaban en la vitrina del cuartel de bomberos y la había obtenido algún bombero por un acto heroico en un incendio; y las que había en la vitrina del club, producto de alguna competencia deportiva. Pero ¡medallas de guerra! Ninguna. Posiblemente porque en el barrio no había ningún militar, ni siquiera un suboficial; y además éramos peronistas, y después del golpe del 55 todos los militares eran gorilas. Hasta tal punto que cuando a Perón lo llamábamos El General nunca lo relacionábamos con un militar.

El polaco nos mostró su tesoro. Fue una decepción. Todo era viejo, nada tenía brillo, y se notaba que él lustaba las medallas y probablemente siempre nos íbamos a quedar con la duda de si eran medallas ganadas en la guerra o, como su uniforme, cosas compradas en rezagos. Incluso dudábamos de las fotos borrosas de

la guerra. ¿Quién podía asegurar que en esas fotos, ese muchacho con uniforme de legionario, subido a uno de los tanques semihundidos en la arena, podía ser el polaco?

Pero no fueron ni las medallas, ni la ropa legionaria, ni el fusil, el tesoro que nos mostró el polaco, sino un libro de la Legión Extranjera. Fue arrastrando su pierna hasta unos estantes de una biblioteca. Era extraño que alguien en Villa Mercado tuviera una biblioteca. Y fue de ahí que sacó una breve historia de la Legión Extranjera. Era una edición antigua con ilustraciones en blanco y negro. En una de esas páginas me encontré con la mano de madera que un tal capitán Danjou había perdido en una batalla. El polaco nos contó el origen de la mano de madera que finalmente se transformó en el símbolo de la Legión Extranjera. Lo contó con tal brillo en sus ojos y en sus palabras, que hasta esa ropa vieja parecía brillar.

Los años transcurridos me hicieron cambiar de idea respecto a por qué el polaco le abrió las puertas a mi hermano; es posible que necesitara la palabra de Dios, y mi hermano, como pastor, podía llevársela, aunque el polaco nunca dijo nada que pudiera ser entendido como una confesión. O quizás necesitaba mostrar sus cosas atesoradas; o simplemente contarle a alguien los cuentos que le pasaban por la cabeza.

Otra versión cuenta que el polaco nunca fue polaco si no que, como aquel monje de Asís, trató siempre de ocultar su acento, que delataba su origen judío.

Siempre sospeché que había algo extraño en la vida de ese rengo solitario que vivía acompañado de la historia de un manco. El misterio del pasado del polaco junto con la historia del capitán Danjou —a la que con los años le fui agregando datos—, y una frase que leí en Conrad cuando describe a uno de mis personajes preferidos, Lord Jim, fueron el origen para escribir una novela que se llamaría *Desierta*. La frase de Conrad siempre me dejó al borde de un misterio que nunca pude descifrar en la vida del polaco: “Su incógnito, que tenía tantos agujeros como un colador, no se proponía ocultar una personalidad, sino un hecho”.

Ropa difunta

En su juventud, uno de mis hermanos, el que me sigue en edad, tras los designios de una de las tres religiones de mi madre, se hizo pastor: el evangelismo fue la religión que ofició como bisagra entre el catolicismo y el espiritismo de mi madre.

En su trabajo evangelista, mi hermano debía luchar con un enemigo poderoso: el pasado espiritista de mi madre, que algunos vecinos del barrio le conocían.

Pastor de la Iglesia evangélica, iba a testimoniar. Elegía las almas y después, se podría decir, nunca erraba el blanco. Como si fuera una guerra y hubiese que tomar una ciudad por asalto: libraba el combate contra el mal de casa en casa. Elegía un barrio y lo caminaba o lo conquistaba. Como si estuviese empadronando o fuese un vendedor ambulante. Era un pastor de almas. Mi hermano iba con su Biblia negra y su camisa de cuello blanco. Tan joven y tan adusto. Quizás ahí comenzó a desarrollar sus dotes de actor, que lo convirtieron en director de teatro.

Mi hermano decía el sermón y se emocionaba en el pasaje ante el cual era necesario emocionarse. No

importaba mucho qué fragmento de la Biblia fuese el elegido, siempre iba a encontrar uno que le permitiera cambiar el registro de la voz para elevar el énfasis y abandonar el tono monótono con que estaba leyendo. El énfasis siempre se correspondía con las desdichas que nos esperaban en la tierra y no en el más allá.

Pero el trabajo de la pastoral era todavía más duro; además éramos jóvenes, y aunque nos guiaba una buena causa, no teníamos nada que ofrecer, sólo el viático espiritual: una conversación. Porque ni siquiera disponíamos de estampitas para regalar como consuelo, apenas disponíamos de un papel con una oración. Y en el barrio, a la gente le gustaba tener imágenes de Cristo o de la Virgen para pegar en la pared. Éramos pobres y teníamos pocos íconos: fotos de futbolistas, algún artista, alguna de Gardel y fundamentalmente de Perón y Evita. Un verdadero despojamiento, una religión sin imágenes. Era como salir a la calle con una valija vacía sin nada para vender, sólo que éramos vendedores de una paz espiritual que no concordaba con lo que se vivía en el barrio. Yo no sé cómo lográbamos que nos abrieran las puertas de las casas en una época en que la televisión no había impuesto todavía a los pastores electrónicos.

Pero mi hermano conocía el truco. Lo había aprendido a pesar de su corta edad. Era una promesa dentro del evangelismo. Se esperaban grandes cosas de él. Tenía tantas condiciones que a pesar de ser muy

joven ya había ascendido de subdiácono a diácono. Y soñaba que un día viajaría a Alemania para conocer al Pastor mayor.

El truco era de esta tierra. No había ninguna prestidigitación. Se trataba de tener relaciones. Mi hermano era una verdadera agenda ambulante. Entraba en una casa y ya conocía de qué trabajaba el jefe de familia: plomero, electricista, mecánico, albañil, lo que fuera. Mi hermano era una verdadera agencia de colocaciones. En ese tiempo en que el trabajo escaseaba, mi hermano siempre terminaba ofreciendo un trabajo y recomendando a alguien.

Mi hermano era muy conocido en el barrio. Lo llamaban el pastor. Y contaba con un prestigio adicional que a comienzos de los sesenta era muy cotizado: bailarín de rock. Mi hermano era raro porque era antiguo y moderno al mismo tiempo. Cuando se quitaba la ropa diaconal, se transformaba. Y en las fiestas o en los bailes del templo era el primero en salir a bailar. Yo sospechaba que había elegido la apostólica porque no prohibía a las mujeres.

Primero daba el testimonio. No fuera cosa de confundir los tantos. Primero, el viático espiritual. Después los bienes de este mundo. Él prometía pero exigía que las almas cumplieran. El domingo quería ver a sus hermanos en la iglesia. No lo embaucaban. Todos los domingos vigilaba a la grey porque sabía que en eso residía su poder. Es más, tenía un tiempo de fe estipulado, la recomendación laboral iba a hacerse efecti-

va después de varias visitas seguidas al templo. Y si eso no sucedía, volvía ferozmente sobre su presa y la exhortaba en nombre de las miserias que le aguardarían en el más allá y, lo que era peor, las que le aguardarían en la tierra. Lo cierto es que su sermón era muy convincente.

Llevaba anotados en una libretita los nombres de las familias con una letra clara y con toda prolijidad. Los nombres marcados con una cruz indicaban que no habían asistido al oficio dominical. Cuando uno reconocía una hilera de cruces sabía que entre él y esa familia se había desatado una batalla. Él se atrincheraba en la fe y en una perseverancia que ciertamente no era humana. En esa lista figuraban apellidos que se transformaban en una obsesión: los López, los Ramírez, los Finamore. Y cada mañana de evangelización esos eran los primeros que iba a visitar. Como si quisiera disponer de las fuerzas necesarias para una lucha que, ya hacia el final del día, poco a poco iba menguando.

Pero ese no era el trabajo más duro. Había otro peor: pedir el diezmo. Era cuando tenía que pedir la ropa usada, en un barrio donde justamente la ropa usada era muy escasa. Y había que pedirla en tiempos de clemencia y no en tiempos de inclemencia. Sin la inundación o la epidemia en la calle. Había que pedirla en familias numerosas, donde la ropa iba pasando de los padres a los hijos mayores y de los hermanos mayores a los menores; y así, bíblicamente, por los siglos de los siglos.

Sin embargo, siempre conseguía algo. Especialmente ropa de bebés. Por una causa: era donde la gente más se apiadaba y estaba dispuesta a ceder hasta lo que no tenía. Pero esa no era la parte más pesada del trabajo. La parte más pesada era la ropa de los muertos. La camisa del finado, los zapatos de la finada. Era una cuestión relacionada con la intimidad del cuerpo del difunto. Hay cosas que no se pueden lavar. Hay manchas que no se pueden quitar. Hay olores que se llevan toda la vida. Existe el olor de las palabras sobre el cuerpo. Como decía una tía: olor a catanga. Cómo se lava, cómo se quita el olor a catanga si ni siquiera sabíamos el significado de esa palabra; sin embargo, intuíamos que se trataba de algo vergonzante.

La ropa de los muertos. Lo paradójico es que los deudos nunca se desprendían de ella inmediatamente. No la regalaban ni la usaban; quedaba fuera de circulación, fuera de la moda, fuera de las estaciones. No importaban ni el clima ni el pudor. Vestidos escotados, telas floreadas, colores subidos de tono, ropa cara para el lugar en que vivíamos. Sobre el que aún estaba vivo miraban la ropa del futuro difunto. Mi padre, por ejemplo, que usaba trajes caros, corbatas de seda, zapatos de charol. Mi padre era un cadáver exquisito.

Pero era un sentimiento contradictorio porque, aunque todos sabían que era ropa de muertos, una vez que pasaba a sus manos, por esa sensación extraña que dan las cosas que hemos deseado mucho, las ropas se transformaban en propias y hasta se olvidaba su origen.

Hasta hubo casos extremos: inventaban un cuento que desmentía que esas ropas provenían de un finado.

Es cierto que, para la ropa, el tiempo es un problema. A veces recibíamos sombreros cuando los sombreros habían desaparecido de la cabeza de la gente, o corbatas pasadas de moda, e incluso ropa apolillada. Pero también es cierto que en medio de esa babel a veces había buena ropa, que rigurosamente se repartía los domingos en el templo.

En el barrio había un epiléptico que se llamaba Pepe, pero en Villa Perro lo conocían como Pepe el loco. Pepe caminaba siempre mirando el suelo, buscando todo tipo de cosas: monedas, tornillos, alambres, tapietas, arandelas. Para nosotros, los chicos, los bolsillos de Pepe eran como la galera de un mago: de allí podía aparecer cualquier ilusionismo. Pepe iba vestido como si hubiese salido de las páginas de *El sonido y la furia*: mameluco azul, camisa Grafa del mismo tono, gorra con visera, y unos zapatos muy grandes.

Una vez acompañé a mi hermano a dar testimonio a la casa de Pepe. Hacía pocos meses había muerto su padre. La madre quería hacer lugar en la casa y borrar las huellas del difunto, porque Pepe era muy impresionable. Por este motivo, nos donó la ropa del finado. Pasaron unos meses y Pepe se cruzó en el barrio con un hombre que llevaba puesta la ropa de su padre. El mismo saco, el mismo pantalón, la misma camisa, hasta los zapatos. Vestía como el padre de la cabeza a los pies. Pepe,

que nunca levantaba la cabeza del suelo, esa vez, no se sabe por qué designio de Dios, la levantó y se encontró con el portento. Primero se quedó paralizado porque creyó que era un fantasma, pero cuando reconoció que era un vecino del barrio, Pepe, que era hombre de pocas palabras, casi mudo, incluso pacífico, pegó un grito y se abalanzó sobre lo que para él no era un fantasma, era un ladrón. Entre varios vecinos impidieron que Pepe lo estrangulara. Con mucho esfuerzo lograron arrebatarlo de sus garras. Nadie sabía por qué Pepe había reaccionado de esa manera. Hasta que llamaron a su madre. Cuando la mujer vio al hombre vestido con las ropas del que fuera su marido, comprendió lo que le pasaba a su hijo y le pidió al hombre que devolviera la ropa. Pepe estaba empecinado, quería que la devolviera en ese momento. Fue inútil que le dijeran que la iba a devolver más tarde. Otro vecino tuvo que ir a buscar otra ropa a la casa de ese hombre. Pepe no le perdía pisada. Y cuando llegó la muda, el hombre pidió permiso para cambiarse en la casa más cercana. Se desnudó ante la vigilante mirada de Pepe. Cuando terminó, le entregó la ropa y recién en ese momento la mirada de Pepe se serenó. Su madre murmuró: “Menos mal que no tuvo un ataque”. Pero con la ropa en las manos, Pepe parecía tranquilo, como si la ropa le devolviera el espíritu de su padre.

